

prender la trinidad, en el sentido de los cristianos, aquellos hombres, que apelaban de ello menos á la fe que á la razon, negaron la pluralidad de las personas en Dios, y cayeron en el error de los unitarios. Sabelio fue su gefe, y llamaron á esta doctrina el *sabelianismo*.

De los Padres de la Iglesia. Lo que habia mas que temer de todas estas sutilezas que no se podian comprender, era que alterasen la pureza de la enseñanza de la Iglesia. Pero la Providencia proveyó á ello suscitando hombres de genio que la defendieron con elocuencia contra todos sus enemigos. No poseemos hoy sino la mas pequeña parte de las obras que se publicaron; los documentos históricos de aquella época contienen los nombres de un gran número de escritores cuyos libros se han perdido. Sin embargo, considerando lo que nos queda, la literatura cristiana encierra abundantes riquezas.

Sin contar las apologías de san Justino, se dieron á luz en el segundo siglo los tratados de controversia de este mismo Padre contra los Judíos y los gentiles, los escritos de san Policarpo, de san Teófilo de Antioquía, de san Ireneo, de Tertuliano y de Clemente de Alejandría. El tercer siglo es todavía mas rico. Orígenes ha admirado á todos los sabios por la sublimidad y extension de sus conocimientos, despues Minucio Félix, san Cipriano, san Gregorio el Taumaturgo, san Dionisio de Alejandría y una infinidad de otros escritores de genio. En fin, el cuarto siglo, el siglo de Constantino, es la edad de oro de la literatura cristiana.

Debe observarse que el cristianismo se eleva á medida que el paganismo se debilita. En estos últimos tiempos, los emperadores trataron de dar brillo á la literatura pagana. Fundaron escuelas, y dieron á los profesores sueldos magníficos. A pesar de todos estos esfuerzos y recursos, esa literatura fue estéril, careció de energía, y en el siglo cuarte no se encuentra ninguna obra importante, ni hombre alguno célebre. El cristianismo, por el contrario, atacado por los poderes del siglo, y careciendo de todo recurso, cuenta en su seno un gran número de oradores y filósofos que levantan monumentos literarios para siempre admirables. Tan cierto es que lo bello no puede ser sino el esplendor de lo verdadero: *Pulchrum splendor veri*.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

TERCERA PARTE

DEL IMPERIO.

TERCER PERIODO.

Desde Constantino hasta la muerte de Teodosio (306-395).
Edad cristiana.

CAPITULO PRIMERO.

Constantino (1).

(306-337.)

Al advenimiento de Constantino se preparó una nueva era. El imperio obedeció á muchos dueños, pero entre todos estos aventureros se nota uno mas amable y humano que todos los demas, y fue Constantino, hijo de Constancio. Su padre le enseñó á respetar á los cristianos; y lo protegió mientras que sus colegas

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR. Zosimo: es hostil á los cristianos. Drosio, *Historiarum* lib. VII; Zonaras, *Anales*; obra preciosa para la vida de Constantino y de sus sucesores; Lactancio, *De morte persecutorum*; Eusebio, *Historia eclesiástica y vida de Constantino*, *Panegyricæ orationes veterum pratorum*, etc., son los panegíricos de los emperadores desde Diocleciano hasta Teodosio. Entre los modernos: ademas de las historias universales ya citadas: el P. Bernardo de Varenne, *Historia de Constantino el Grande*, es un panegírico; Le Beau, *Historia del Bajo Imperio*; Corentin-Royou, *Compendio en 4 vol. de la Historia del Bajo Imperio*; Naudet, *De los cambios efectuados en la constitucion del imperio*, etc.

los perseguían. En cambio de esta protección notable que concedió á los discípulos de la cruz, el cielo iluminó su corazón y concedió la victoria á sus armas. Todos sus rivales cayeron sucesivamente bajo sus golpes, y con él se sentó el cristianismo en el trono de los Césares. Sin embargo, nos parece que el papel y el carácter de Constantino rara vez han sido juzgados bajo su verdadero punto de vista. Se le creyó profundamente cristiano el día en que se le apareció el *lábaro*, y no se ha fijado la atención en que no pidió el bautismo sino al tiempo de morir. Aunque penetrado de admiración por el cristianismo que veía lleno de porvenir, no obstante permaneció siempre bajo el influjo de la antigua creencia. De ahí, sin duda, esa mezcla de bien y de mal, de crueldad y de dulzura, de injusticia y de rectitud que encontramos en su vida. Como hombre de transición conservó algunos de los vicios é inclinaciones de los emperadores paganos, mostrando al mismo tiempo en muchas circunstancias esas grandes y nobles virtudes que el cristianismo enseñó al mundo. Acaso esta consideración bastaría para poner de acuerdo á sus detractores y panegiristas, concediendo á unos que tuvo cualidades admirables, y confesando con los otros que las oscureció con grandes faltas.

§ I. Desde el advenimiento de Constantino hasta la muerte de Licinio (306-324).

Estado del imperio al advenimiento de Constantino (306). Cuando Constantino sucedió á su padre, el imperio obedecía á Galerio, á Maximino y á Severo (1). El César Maximino tenía las provincias de Asia, Severo la Italia y el Africa con el título de Augusto, Galerio se había reservado todas las demás provincias. Habiéndose hecho Severo odioso en Italia por sus crueldades y exacciones, se sublevó el pueblo y proclamó á Augusto Maxencio, hijo de Maximiano que en otro tiempo había abdicado en Milan. El nuevo emperador asoció su padre á su poder, de suerte que en este momento hubo seis emperadores: Galerio, Severo, Constantino, Maximino, Maxencio y Maximiano. Vamos á ver desaparecer sucesivamente todos estos rivales y á Constantino reinar solo en todo el imperio.

Muerte de Severo (307). Inmediatamente Severo fue víctima de la revolución que sus injusticias habían provocado en Italia. Habiendo acudido á Milan para combatir á Maxencio y

(1) Véase mas arriba, pág. 446.

á su padre, cayó en manos de sus enemigos que le dieron la muerte. Galerio quiso vengarle; pero después de haber talado la Italia, este príncipe tan cobarde como cruel no se atrevió á sitiarse á Roma y se retiró. Sin embargo dió un sucesor á Severo, y fue el ignorante y valiente Licinio. A esta noticia, Maximino, que oprimía al Egipto y la Siria, se creyó vejado por esta preferencia y se dió á sí mismo el título de Augusto.

Muerte de Maximiano (310). Constantino se había unido desde luego con Maxencio y Maximiano para hacer contrapeso al poder de Galerio, que contaba con la decisión de Maximino y de Licinio, sus hechuras. Se casó con Faustina, hija de Maximiano, y tomó también el título de Augusto (307). Pero este acuerdo no fue de larga duración. Maximiano se alejó de Maxencio, su hijo, porque no se encontraba rodeado de toda la consideración que ambicionaba. El viejo Augusto fue primeramente á quejarse á la corte de Galerio. Habiendo sido mal acogido por este emperador, vino á la Gália á refugiarse cerca de Constantino, su yerno. Su ambición le perdió. Tuvo la baja de aprovecharse de una expedición que emprendió Constantino contra los Bárbaros, para robarle sus tesoros y excitar sus súbditos á la rebelión. Constantino se arrojó sobre él con la rapidez del rayo, le alcanzó en Marsella y le mató (310).

Muerte de Galerio (311). El siguiente año Galerio espiraba en medio de los mas terribles tormentos. Su reinado había sido el de un bárbaro. Nacido en las chozas de los Dacios, este porquero que pasaba los días á la mesa y las noches en escandalosas orgías, detestaba la virtud y el saber. Persiguió á los cristianos con un furor inaudito, y desterró á los jurisconsultos, á los abogados y literatos para dejar el cuidado de administrar justicia á guerreros extraños á las leyes. Su muerte fue tan terrible que todos vieron en ella un castigo de sus crímenes. Él mismo creyó en la venganza del cielo, y en medio de sus sufrimientos suspendió las persecuciones contra los cristianos por un edicto que publicó en su nombre y en el de Licinio y Constantino.

Derrota y muerte de Maxencio (312). Después de la muerte de Galerio, Maximino y Licinio se repartieron sus despojos. Maximino se unió después á Maxencio y Licinio á Constantino. El carácter de Constantino y el de Maxencio eran muy opuestos. Constantino administraba las Gálias con dulzura y prudencia; Maxencio al contrario tiranizaba la Italia y el Africa. No pensando mas que en sus placeres, arruinaba á Roma y á la Italia por sus locas prodigalidades, atormentaba á los senadores con sus injusticias y violencias, y entregaba la ciudad y las provincias á sus soldados desahorados, dejando impunes sus depredaciones y atentados.

Esta oposicion de conducta y sentimientos necesariamente habia de traer una lucha violenta. Maxencio, celoso de la gloria de Constantino y del afecto que le manifestaban sus súbditos, reunió un ejército numeroso para usurparle el imperio, y vengar, segun decia, la muerte de su padre. Constantino no era todavía cristiano. Hacia mucho tiempo que la verdad principiaba á ilustrar su inteligencia, y deseaba vivamente poseerla del todo. Cuando se puso en marcha contra Maxencio, estaba preocupado enteramente de estas nuevas ideas. Hé aquí que hácia medio dia, por un tiempo tranquilo y sereno, apercibe encima del sol una cruz luminosa con esta inscripcion: *In hoc signo vinces*: por esta señal vencerás. Al dia siguiente mandó hacer una bandera sobre la cual grabó el emblema de la milagrosa aparicion, y á la que llamaron *lábano*. Lo llevaban á la cabeza del ejército, y Constantino prosiguió su expedicion creyéndose bajo la proteccion del cielo.

* El éxito respondió á sus esperanzas. Batió al otro lado de los Alpes á los ejércitos de Maxencio en Turin y en Verona, y él mismo derrotó á Maxencio bajo los muros de Roma. El Bárbaro, al huir, se cayó del puente Milvio en el Tiber y se ahogó. Constantino, dueño de Roma, exterminó toda la familia de Maxencio, perdonó á sus partidarios, destruyó el campo de los pretorianos, devolvió al senado su esplendor, y recibió los homenajes y felicitaciones de los grandes y del pueblo.

Derrota y muerte de Maximino (313). Constantino, después de su victoria, estrechó su alianza con Licinio, y le dió en matrimonio á su hermana Constancia. Maximino resolvió vengar la muerte de Maxencio, su aliado, y rompió bruscamente con Licinio. Le atacó en Asia con un fuerte ejército, pero fue vencido en dos grandes combates. Desesperado huyó á Tarso, y se envenenó. Desde entonces Licinio y Constantino se encontraron únicos dueños del imperio.

Rivalidad de Licinio y Constantino (314). Licinio reinaba en el Oriente y Constantino en el Occidente. Estos dos emperadores personificaron en ellos la lucha de la sociedad pagana y de la sociedad cristiana. Constantino se manifestaba protector celoso de los cristianos. Edificaba y dotaba sus iglesias, admitia á los obispos á su mesa, y confiaba la educacion de su hijo Crispo á Lactancio, uno de sus ardientes apologistas. Licinio, después de haber mostrado por de pronto la misma dulzura y moderacion que Constantino, se arrojó en seguida, por espíritu de rivalidad, en el partido opuesto. Se habia declarado enemigo de los cristianos, y fomentado una sedicion contra Constantino, su rival y protector. Esta tentativa fracasó, pero produjo una guerra entre los dos emperadores. Licinio fue vencido en Cibalis y en Mardia, y se vió obligado á ceder á Constantino, además de la Tracia y la pequeña Mesia, todos los países situados al sur del Danubio (314). La paz se ajustó á este precio; pero desde aquel momento un secreto despecho trabajó el corazón de Licinio. Vejaba á sus súbditos, atormentaba á los cristianos, y no conservaba con su rival sino frias relaciones.

Derrota y muerte de Licinio (324). Habiéndose visto obligado Constantino por las invasiones de los Bárbaros á llevar la guerra á Mesia y Tracia en los confines de los dos imperios, Licinio, en lugar de unirse á él contra el enemigo comun, pretendió que habia violado su territorio y le declaró la guerra. El Oriente iba á encontrarse de nuevo en frente del Occidente; pero en esta circunstancia la cuestion política se complicó con los intereses religiosos. Licinio, antes de la batalla, se recomendó á sus falsos dioses, y estudió el por-

venir en las entrañas de las víctimas y por medio de los adivinos. Constantino, por su parte, dirigió sus oraciones al Dios de Moisés y á Jesucristo. Se hubiera dicho que las dos religiones estaban en presencia una de otra. Constantino venció al ejército de tierra en Andrinópolis, mientras que su hijo Crispo destruyó la flota enemiga en Galípoli. Licinio se fugó á Calcedonia, en donde fue derrotado nuevamente seis semanas despues. Constantino se habia relegado á Tesalónica; pero intrigó nuevamente en su destierro y sublevó á los Bárbaros. Le condenaron á muerte, y con él pereció el último de aquellos perseguidores que por espacio de veinte años habian poblado el cielo de mártires (324).

§ II. Constantino reina solo. Del gobierno y de la administración de Bizancio (324-337).

Fundacion de Constantinopla (330). Luego que Constantino se vió señor del mundo, principió un nuevo orden de cosas. Diocleciano, que habia echado los fundamentos de la monarquía, se habia alejado de Roma para aniquilar el senado y romper con todas las tradiciones de la antigua república. Constantino, que tenia el designio de realizar el mismo pensamiento político, y queria ademas hacer descansar su monarquía sobre las ideas cristianas, no pudo fijarse en Roma, donde los vivos recuerdos del paganismo hubieran contrariado demasiado enérgicamente sus designios. Pensó pues en echar los cimientos de una nueva capital, y escogió á Bizancio, situada en la union de los tres continentes. Señaló el circuito de esta nueva ciudad, abriendo el terreno con el hierro de una lanza, edificó en medio de sus muros la mas notable de las iglesias de Oriente, Santa Sofia, enriqueció sus calles y plazas con todos los mas bellos monumentos de escultura que se pudieron encontrar en Grecia y Asia, y prometió las mayores recompensas á los que viniesen á habitarla. En pocos años esta ciudad opulenta tuvo su Foro, su Capitolio, escuelas ó academias, catorce barrios divididos en tribus y en curias, y el dia de su consagracion el emperador pudo darle sin énfasis el nombre de *segunda*

Roma, hija primogénita y querida de la antigua. Lo que mas admiró en la solemnidad de esta dedicacion, fue ver que Constantino que habia plantado la cruz sobre su nuevo Foro, renovó los juegos paganos del circo, é hizo pasear en un brillante carro triunfal su estatua, que le representaba con una pequeña imágen de la *Fortuna* en la mano.

Del gobierno. Por lo demas, esta ridícula alianza de las ideas paganas con las ideas cristianas se hizo notar largo tiempo en el gobierno bizantino. Constantino no concibió en política otro sistema de administracion que el de Diocleciano. Como él, estableció de derecho la autoridad absoluta del emperador, se hizo dar una especie de culto personal, y se rodeó de un lujo y de una magnificencia que costaron muchas lágrimas á sus súbditos. Exclusivamente preocupado de una especie de centralizacion administrativa, hizo constantemente abstraccion de los derechos del pueblo, para no trabajar mas que en los intereses de su monarquía. Quería que su poder fuese hereditario, y nada economizó para conseguirlo. La antigua nobleza habia sido destruida por los desastres de los precedentes reinados, el senado fue herido de muerte por Diocleciano, y Constantino no pensó en devolverle su importancia; pero comprendió que en el interés del trono debia estar rodeado de la nobleza, como de una guardia de honor, para cubrirle en caso necesario contra los golpes del pueblo. Con este objeto creó los ostentosos títulos de *ilustres, respetables, serenísimos, muy perfectos y muy nobles*, inventó nuevos trajes y nuevas condecoraciones para todos estos nuevos títulos, y dió así á su córte una pompa y una grandeza enteramente oriental.

Para impedir las revoluciones del ejército y asegurar el trono á sus descendientes, separó del todo la autoridad civil de la autoridad militar. Los prefectos no tuvieron otros encargos que administrar la justicia y las rentas, arreglar el comercio y vigilar todos los asuntos civiles. Tenian bajo sus órdenes á los vicarios ó viceprefectos que estaban á la cabeza de cada diócesis. Los gefes de las provincias se llamaban *procónsules, consulares, correctores ó presidentes*. El ejército

tenia sus gefes particulares. El mando supremo correspondia á dos maestros generales, el de la infantería y el de la caballería. Para hacer imposible toda revolucion grave é importante, la legion se redujo de seis mil á mil quinientos hombres, lo cual debilitó considerablemente sus fuerzas, y facilitó las invasiones de los Bárbaros. Pero la mayor falta de Constantino en su reforma militar fue tal vez la de haber dividido as tropas en tres clases : los *palatinos*, los *legionarios* y los *guardafronteras* (*limitanei*). Estos últimos cuerpos se componian casi exclusivamente de Bárbaros, y jamás tuvieron la decision ni heroismo de una milicia nacional.

Legislacion de Constantino. Pero debemos confesarlo, al mismo tiempo que Constantino trabajaba en consagrar el despotismo, manifestaba nobles sentimientos. La religion cristiana que él veneraba sin conocerla bastante y sin practicarla enteramente, le inspiraba grandes pensamientos y bellas acciones. A sus cortesanos que le pedian la condenacion de los gentiles y de los herejes, respondió: *La religion quiere que se sufra la muerte y no que se dé.* Cuando le refirieron que algunos malévolos habian tirado piedras á su estatua, se llevó la mano á la cara y dijo: *No siento ninguna herida.* Un sacerdote le alababa demasiado en un discurso público: *Nada de adulaciones,* exclamó el príncipe, *no necesito elogios, sino oraciones.*

Entre sus leyes hubo algunas que le fueron inspiradas por ese espíritu cristiano; otras recuerdan todavía la tiranía de sus predecesores. Y así conservó bajo el nombre de *oro lustral* las contribuciones onerosas que habian sido impuestas por los príncipes mas infames sobre los comestibles y sobre todos los géneros de industria. Zosimo y Libanio hacen de estas exacciones una pintura horrible. Tambien impuso á los senadores una contribucion especial ademas de las ordinarias, y tuvo la debilidad de autorizar con su excesiva indulgencia la rapacidad de sus cortesanos. En fin, promulgó una ley por la que ofrecia recompensas y honores á aquel que le revelase un atentado contra su persona, lo cual era una reminiscencia de las acusaciones de lesa majestad. Bajo este pretexto

hizo perecer á muchos personajes distinguidos, y lo mas monstruoso es que se cree hizo uso de esta ley contra su hijo Crispo y su esposa Faustina.

Sin embargo, este mismo príncipe se manifestaba afable con todos, se informaba de las miserias públicas y se esforzaba en aliviarlas. Por uno de sus rescriptos prohibió los azotes y tormentos con que se castigaba á los deudores insolventes del Estado, y recomendó, para hacer mas soportable su detencion, que les pusiesen en cárceles espaciosas y muy ventiladas. Igualmente publicó muchos edictos para facilitar las reclamaciones y quejas de los oprimidos contra sus opresores, y ofreció premiar al que le diese parte de alguna injusticia cometida por sus oficiales.

Ademas de estas leyes justas y suaves, promulgó otras muchas bajo la inspiracion del cristianismo. Derogó la ley contra el celibato, eximió á los clérigos de los cargos públicos, puso coto á la facultad de divorciar, castigó el raptó con rigor, protegió los intereses de los menores con mas cuidado, y mandó á todas las ciudades de Italia y Africa que favoreciesen la educacion de los niños pobres para separarles del mal é inclinarles al bien. Son innumerables las iglesias que fundó, y los donativos y riquezas que les prodigó.

Asuntos eclesiásticos. En las discusiones dogmáticas que se suscitaron bajo su reinado, su conducta fue al principio ejemplar. Dejando á los obispos plena libertad para decidir estas cuestiones delicadas y difíciles, queria que se emplease contra los sectarios que se descarriaban mas bien la persuasion que la violencia. Así es como obró con los donatistas. Solamente les castigó cuando sus excesos llegaron al punto de comprometer la tranquilidad pública. Usó para con los arrianos de la misma prudencia y reserva. Cuando Arrio atacó la divinidad del Verbo, y sus errores inflamaron todo el Oriente, Constantino convocó á todos los obispos del mundo en Nicea para proclamar solemnemente la verdadera fe. Fue un magnífico espectáculo ver llegar de todas las partes del universo á los santos ancianos que acudian para dar testimonio de la misma fe por la cual habian padecido. Algunos lie-

vaban todavía las gloriosas cicatrices de la persecucion. Arrio fue condenado unánimemente por aquella ilustre asamblea, y el emperador se sometió, como todos los fieles, á la decision dada en nombre del Espíritu Santo.

Desgraciadamente se dejó engañar despues por los arrianos. Arrio volvió á entrar en su gracia, y él causó á la Iglesia males no menos graves que sus perseguidores. Parece que antes de morir hizo penitencia de todas sus faltas. Cuando sintió que su fin se aproximaba, dijo que habia tenido la intencion de ser bautizado como Jesucristo en las aguas del Jordan. Eusebio de Nicomedia le bautizó en su palacio de Aquiron. Llamó á san Atanasio y demas obispos católicos á quienes habia desterrado, y murió diciendo que *la verdadera vida era aquella en que iba á entrar*. Todos sintieron su muerte. Los paganos le colocaron en el número de sus dioses, y los cristianos orientales le veneraron como un santo. La posteridad le ha alabado y vituperado mucho, y nos parece que hubo en él bastantes cualidades y bastantes faltas para justificar estos juicios contradictorios.

CAPITULO II.

Desde la muerte de Constantino hasta la de Juliano Apóstata (1).

(337-363.)

Cualquiera que sea el juicio que se forme acerca de Constantino, no se puede contestar que su reinado fue el principio de otra edad, de la edad cristiana. El ísbaro habia servido de estandarte á sus ejércitos; y en nombre de la cruz habia derribado á todos sus rivales. Fundando Constantinopla y alejándose de Roma, habia obedecido al sentimiento religioso. En fin, si el establecimiento de una monarquía hereditaria fue el objeto de su política, no trató de dar á esta monarquía otra base que el cristianismo. Baje sus sucesores las cuestiones religiosas adquieren tanta importancia, que absorben todas las demas. Constantino es mucho mas teólogo que emperador, y verdaderamente no tiene ardor sino para la polémica arriana. No se pueden deplorar bastantemente aquellas disensiones terribles que llenaban la Iglesia de turbaciones y desórdenes; sin embargo debemos reconocer en ellas la manifestacion del progreso que la Iglesia ha hecho hacer al mundo. Le encontró indiferente, desesperado, sepultado en una duda horrible que le habia inspirado un inmenso disgusto de toda doctrina, y ahora le ve fuera de aquel letargo espantoso, apasionándose mucho por un punto de creencia, porque ama la verdad. Juliano trató de aprovecharse de todas estas borrascas para dar la última batalla contra el cristianismo. El ataque fue hábil y vivo; pero el paganismo estaba ya debilitado de tal modo en la opinion pública, que el filósofo emperador no pudo reunir en su derredor sino retores, bufones y hombres perdidos, que apenas estaban unidos á la antigua religion mas que por las ventajas que les proporcionaba bajo un príncipe cuyo pensamiento era resucitarla. El politeísmo se sepultó para siempre con Juliano.

§ I. Los hijos de Constantino. Segunda familia Flavia (327-360).

Division del imperio. Constantino, al tiempo de morir, habia dividido el imperio entre sus tres hijos y dos de sus so-

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Ademas de las obras indicadas en el capítulo anterior, consúltese á: Amiano Marcelino, su libro principia en el año 333 y llega hasta el de 378; Juliano sus *Obras*; Gregorio Nacianceno, sus *Discursos contra Juliano*. Entre los modernos: La Bletterie, *Historia de Juliano y de Jovio*, obra de una notable imparcialidad.